

# Peronismo

● José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

113 Chile en la hoguera





porque ni agua tienen. Sí, esa entrega conmueve. Pero los que ganan son los otros. Y ganan porque la estrategia de guerra con que se los enfrentó fue equivocada. O, al menos, habría que revisarla a fondo. En lugar de ver en la derrota de Allende el toque de atención para frenar la mano. Lo que ven es que Guevara tenía razón: el camino es la lucha armada, no la democracia, no la vía pacífica. Salen libros con títulos que lo dicen todo: *Allende, la vía pacífica al desastre*.

## LAS CONSIGNAS SOBRE CHILE

No quiero decir que estábamos locos. Pero si quieren puedo mencionar un acto totalmente pelotudo de mi parte. Apenas cae Allende, la Jotapé apela a su arma favorita: la movilización. Salgamos a la calle a decirle a Allende que estamos con él. Yo voy a dar mi clase. Era ya en la calle Córdoba. Daba Historia del Pensamiento Latinoamericano. Se me acercan dos pendejos: —Compañero, vamos a levantar las clases. Tenemos que movilizar al estudiantado en defensa de Chile.

—Perfecto. ¿Qué hay que hacer?

—No, vos nada. Sos el profesor. No queremos comprometerte. Entramos en la clase y nosotros nos encargamos de levantarla.

—De ningún modo, la clase la levanto yo. Soy un profesor de la JUP.

—Es para que no des la cara.

—No jodas. Ya la di hace rato la cara.

Los despedí y fui hacia el aula. Les hablé media hora del proceso chileno. De la vía democrática al socialismo. De Salvador Allende. Y los invité a salir a la calle y unirse a las columnas de la Jotapé.

¿Qué creía que estaba haciendo? No sé, acaso salvando al buenazo de don Salvador. Conduciendo a los jóvenes a expresarse a favor de una causa justa. Cuando salí, las columnas de la Jotapé eran enormes y las consignas que se cantaban, penosas. Patéticas. No servían ni servirían para una mierda. Pero ahí íbamos todos. Yo, un pelotudo de treinta años. Guapeando frente a dos pendejos que estarían cursando a lo sumo alguna introductoria. “Ya di la cara hace rato.” ¿En serio crees que diste la cara? ¿Cómo quién, como Felipe Vallese o Tosco o Walsh y Ortega Peña, antes quienes, definitivamente, el pendejo eras vos y te faltaba mucho todavía para decir algo que ellos sí tenían el derecho ganado a decir? Debiste haberte metido esa frase ya sabés dónde y no haberla dicho, huevón. Debí haberme ido a mi casa y ponerme a llorar. Porque yo sí hubiera podido llorar por Allende, no como el desdichado personaje de Alan Pauls en *Historia del llanto* (buena novela). Pero ahí estaba: el pelotudo de José entre toda la pendejada de la Tendencia ejercitando una vez más la estéril maratón de los barrios. Y fueron muchos los que dijeron esto:

—Pero, ¿qué somos? ¿Maratonistas?

Las consignas eran:

HERMANO CHILENO/ NO BAJES LA BANDERA/

QUE AQUÍ ESTAMOS DISPUESTOS A CRUZAR LA CORDILLERA

¿Se imaginan el desastre que esto hubiera sido en caso de no ser absolutamente imposible? Ninguno de los que estaban ahí podía cruzar la cordillera. Y, en caso de que este milagro tuviera lugar, los aviones de Pinochet los harían papilla a bombazos. Pero si algo sobró fueron las consignas. Algunas —incluso— fueron ingeniosas. Todas decían lo suyo. Ninguna era irrelevante. No había una que no mereciera ser estudiada. De modo que vamos a seguir tamándolas en cuenta. Seguimos el notable trabajo de compilación de César Tcach en *La política en consignas, Memoria de los setenta*, ed. cit. Si bien muchos de los que vivimos esa época de trueno las conocíamos, ¡alguien tenía que compilarlas! Y los lectores de hoy —lo he comprobado— quedan atónitos. ¿Qué Mayo Francés ni Mayo Francés? Tomemos cualquiera de los francesitos. Una verdaderamente linda: *Debajo de los adoquines está la playa*. ¿La van a comparar con Rucci, carajo, contame cómo crecen rabanitos desde abajo? Que es macabra, sí: eso pretende. Festejar la muerte de un tipo que jugaba en otro bando. Pero lo macabro está expresado con ingenio, con humor. Con humor negro, negrísimo. Como

algunas de las otras que se vocearon a raíz de la hecatombe de Chile:

*Atención/ atención/ atención/ atención*

*Toda la cordillera va a servir de paredón*

Como vemos, el paredón cubano —al que busca olvidarse— estaba muy presente en la militancia juvenil. El Che en la fortaleza de La Cabaña. Los juicios sumarios de los Tribunales Revolucionarios asumidos por combatientes jóvenes, jacobinos implacables. Al frente de ellos, el más implacable de todos los implacables: Ernesto Guevara Lynch, el Che. Se pedía la cordillera de Los Andes de paredón. Era una desmesura. Era la exaltación del fusilamiento en masa. Era algo imposible (y lo sabían los militantes), de aquí que la consigna tenga más un tono de elaboración exageración que de sensata realidad. Como suele ocurrir, los que usaron la cordillera de paredón fueron los otros. Los pinochetistas ayudados por los yanquis. Lo veremos mejor: pero el papel de Estados Unidos en el golpe de Chile fue desvergonzado.

*Allende/ Allende/ el pueblo te defiende*

*Guevara/ Guevara/ el pueblo se prepara*

Esta no valía gran cosa. ¿Cómo cantar en las calles de Buenos Aires algo que ya ni en Chile se cantaba? ¿De qué servía defender a Allende si ya estaba muerto y derrotado? *Guevara, el pueblo se prepara*. Los fachos sanguinarios ya habían hecho su tarea en Chile y la venían haciendo en la Argentina, ¿y recién se le decía al Che que el pueblo se estaba preparando?

*Fuera de Chile/ Fuera de Argentina*

*Fuera los yanquis de América Latina*

Esta era una petición. Que se vayan. Pero de nada servía pedirles que se fueran. No se iban a ir a menos que los echaran. Y el poder de fuego de los que querían echarlos y el de los que querían quedarse era incomparablemente dispar. Los que querían quedarse eran un Imperio. Los que querían echarlos, un grupo juvenil con una vanguardia armada que no tenía ni respaldo de su Gobierno ni respaldo popular.

Una de tonalidades anales:

*Yo tengo fe que Chile va a ganar!*

*Yo tengo fe que Chile va a ganar!*

*Y que va a romperle el culo a la Junta militar*

Ante todo, tiene un error en el ritmo. Debió ser: *Y va a romperle el culo a la Junta Militar*. Con rima, con ritmo, con lo que fuere y, sobre todo, sin consignas ingeniosas, ocurrió exactamente lo contrario: la Junta Militar le rompió el culo a Chile. Para desgracia de Chile y de la condición humana en general. Fue un desmadre del horror.

La próxima consigna ya no tiene esperanza alguna. Ya revela la derrota. Trata de que sea digna.

*Allende, Allende/ no se suicidó*

*Lo mataron los yanquis/ la puta que lo parió*

Era una consigna justa. Los yanquis y Pinochet buscaron imponer una mentira: el suicidio de Allende. Vean, si a un tipo que resiste hasta el fin se le vienen cuatro soldados con metralletas para liquidarlo y ese tipo se vuela la tapa de los sesos, eso no es un suicidio. Es arrancarles a los carniceros la posibilidad de humillarlo. *No me van a tener, hijos de puta. No me van a tener vivo. No van a jugar conmigo. No me van a colgar cabeza abajo. No me van a seccionar la lengua ni los testículos para tirárselos a los perros. No me van a exhibir en la Plaza Pública como un trofeo ante las conchetas oligarcas de los caceros de los últimos días. Siempre lo dije: si viene la escoria derechista, oligarca, antipopular y asesina, de aquí, de La Moneda, me sacan con los pies para adelante*. Y así fue.

## SALUD, DON SALVADOR ALLENDE

Perón empezó a hacer declaraciones. A la prensa italiana primero. Dijo el líder del socialismo nacional devenido líder de la etapa dogmática y del anticomunismo beligerante: “Lo sucedido en Chile demuestra que Allende cayó víctima de su sectarismo, de su política tendiente al exceso (...) O los guerrilleros dejan de perturbar la vida del país o los obligaremos a hacerlo con los medios de que disponemos, los cuales, créame, no son pocos (...) La guerrilla molesta, daña la vida política y económica del país. Pero no tendrá éxito: si la guerrilla insiste, sucederá lo que

en Santiago, donde la responsabilidad no fue de los militares sino de los guerrilleros” (*La Razón*, Edición 5ta., 25 de septiembre de 1973 —el exacto día del asesinato de Rucci—, página 1. Citado por el muy documentado libro de Germán Ferrari, *Símbolos y fantasmas, Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la “justicia para todos”*, p. 322).

El líder justicialista fue el primer presidente constitucional de América latina que se encontró con Pinochet en la base de Morón, la misma en que aterrizó en lugar de hacerlo en Ezeiza. El suyo fue el primer gobierno que reconoció a la tiranía sanguinaria de Chile, antes que Estados Unidos. Días antes del golpe, militares chilenos se entrevistaron con él, le informaron de su decisión de tirar a Allende y le preguntaron cuál sería su posición. Perón aceptó. Los refugiados argentinos que se asilaron en la Embajada en Chile y los que llegaron a nuestro país sufrieron un trato degradante; eran delincuentes, sin más.

En su último mensaje, don Salvador Allende dijo a su pueblo y a todos los pueblos de América: *¡Trabajadores de mi Patria! Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán de nuevo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! , ¡Viva el pueblo! , ¡Vivan los trabajadores!*

*La historia es nuestra y la hacen los pueblos.*

*Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.*

El criminal de guerra Richard Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, peor criminal de guerra aún, odiaban a Allende con una pasión enfermiza. En octubre de 1970, Nixon dijo sobre él palabras injuriosas: *“That son of a bitch, that bastard”*.

Pero esa imagen de este hombre sereno —aunque capaz de encarnar la fuerza de un tornado—, que lo único que nos dejó, como pertenencia, fue el pedazo ensangrentado de uno de los vidrios de su antejo, este hombre maduro, con canas, que sale de La Moneda con casco de guerra y matrallera, para morir peleando, tal vez insensatamente, pero como él lo sentía, es, para mí, el símbolo más puro de la rebeldía, porque trató de cambiar el mundo por los caminos de la democracia y de la paz, y porque no pudo, porque los asesinos del poder internacional no lo dejaron, agarró una metralleta, se puso un casco de guerra y decidió (como esos bravos, legendarios marinos con sus barcos) hundirse con su causa. ¡Ah, don Salvador Allende, ojalá hubiera yo tenido alguna vez en mi patria un líder como usted! Simple, duro, pero sensible, amigo y compañero de la gente de su pueblo, sin sinuosidades, con una sola palabra, la misma de siempre, la que marcó la coherencia de sus días, y, por si fuera poco, con esos cojones, don Salvador, que le hicieran decir: *De aquí no me voy, que sigan otros, no van a faltar, y van a llevarme en sus corazones como a un hombre puro, como a un guerrero y como a un demócrata que les va a henchir el pecho de orgullo y de exigencias perentorias, porque, de ahora en más, todo chileno que sepa que tiene detrás la figura de don Salvador Allende, sabe que no se viene a la vida a jugar, a gozar de las liviandades y las tentaciones, sino a meterle el alma y el cuerpo a las causas duras, las de la injusticia, las del hambre, las de la tortura y la muerte. Es mi legado*.

Lo es. De esta forma, entonces, con voz serena, sosegada, sin un mero matiz que nos acerque a la estridencia, menos aún a la solemnidad, con la sencillez con que se despide a un amigo al que se ha querido mucho, aceptando la muerte, pero sin hacer de ella la clamorosa culminación de nada, sólo un hecho más de la vida, digámosle a este hombre civil y honesto, que pasó por este mundo sin defraudarnos, ante todo que repose en paz, y, luego, honrándolo como creemos es necesario hacerlo, simplemente: *Salud, don Salvador Allende. Salud y gracias*.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La violencia ocupa el centro de la escena

IV Domingo 17 de enero de 2010